
Sección Bibliográfica

Olvidar a Lenin

Philippe de Lara y Yannick Blanc:
 “Olvidar a Lenin”, en: *Dialectiques*, núm. 22, 1978, pp. 25-31.

Para poder seguir las vías que nos proponemos —la conquista de un socialismo que mantenga y enriquezca, dándoles además nueva dimensión económica y social, las libertades democrático-políticas y los derechos humanos, que son un logro histórico irrenunciable del progreso humano—, para la realización de ese ideal no basta con que nos desembaracemos de algunas fórmulas acuñadas por nuestros teóricos —como la de la “dictadura del proletariado”— ni que afirmemos nuestro respeto por el juego democrático. **Hace falta un análisis global de la sociedad capitalista desarrollada de hoy y su contexto mundial; de las consecuencias del progreso de los medios de producción y las nuevas estructuras sociales que ha promovido (p. 17).***

De este modo Santiago Carrillo formula el objetivo que le da a este libro y que él mismo califica como “revisión” del marxismo. Y ello porque, cualquiera sea la connotación peyorativa que se adscriba a este término, le parece que todo avance decisivo del marxismo cobra la forma de una revisión: Marx mismo revisando sus tesis de juventud, Lenin revisando las tesis de Marx, etcétera. Es cierto

que Carrillo consagrará extensas páginas a darle la razón a Lenin en contra de Kautsky... No es menos cierto que la revisión de Carrillo, lejos de limitarse a un brutal abandono del concepto, procede a la revaloración o a la actualización de todo un conjunto de conceptos marxistas. A este respecto, se trata sin duda alguna de un texto teórico de parte a parte y se reclama como tal. Es a partir de estos ejes teóricos que se puede dar cuenta de este pensamiento, ya que es en el nivel teórico que se encamina hacia esta universidad continental denominada eurocomunismo.

Las fuerzas productivas y la historia

Carrillo realiza una verdadera revaloración del concepto de fuerzas productivas ya que, si los dos componentes del materialismo histórico son el papel de la lucha de clases y el desarrollo de las fuerzas productivas, es este último el que es determinante: las relaciones de producción de un determinado modo de producción son *reales* —y no solamente *formales*— en razón de un nivel mínimo alcanzado por las fuerzas productivas. Las fuerzas productivas son, de este modo, el contenido de las relaciones de pro-

* Santiago Carrillo, *Eurocomunismo y Estado*, Barcelona, Grijalbo, 1977.

ducción; las que sin aquéllas no son más que un cascarón vacío.*

Más allá de esta metáfora del continente y del contenido, Carrillo desarrolla también la analogía con la relación infraestructura/superestructura: la autonomía de las superestructuras es real (tesis que Carrillo desarrollará retomando el concepto de aparato ideológico de Estado), pero lo es dentro de los límites impuestos por el nivel de las fuerzas productivas.

Esta tesis está en la base de una verdadera teoría de la historia concebida como el progreso indefinido de las fuerzas productivas con relación al cual, las superestructuras dan en ciertos momentos "saltos" o pueden estar rezagadas. Esta teoría tiene varias consecuencias que se pueden encontrar en diferentes momentos del libro:

1) Carrillo retoma, con el Marx de la *Contribución del 59*, la tesis de la "superación" de las relaciones de producción por las fuerzas productivas como momento productor de la revolución.

2) Pero al mismo tiempo elabora el concepto de "anomalía" histórica: "La historia pone frecuentemente la carreta delante de los bueyes". En otros términos, ciertas coyunturas son tales que la revolución no es en ellas una opción posible sino que se impone como única solución. Ejemplo: Octubre.

3) Sin embargo, por más necesaria que sea la revolución en el nivel político, en un momento dado, las fuerzas productivas no cesan de determinar la evolución de la sociedad: por haber desconocido el peso del rezago de las fuerzas productivas y por haber desarrollado un voluntarismo idealista de la industrialización Stalin produjo el stalinismo.

4) Finalmente, el desarrollo de las

fuerzas productivas está en el origen del arma nuclear que modifica fundamentalmente el sentido político de la guerra. No se puede ya decir con Clausewitz que la guerra es la continuación de la política por otros medios. En efecto, si la finalidad de la guerra es la destrucción de uno de los adversarios, la guerra nuclear conduce necesariamente a la destrucción recíproca y definitiva de los dos adversarios. Por lo tanto, en el pasado las revoluciones violentas se produjeron siempre en situaciones de guerra extranjera o mundial. Hoy es una imposibilidad política que es necesario asumir y que, entre otras cosas, impone una vía pacífica a la revolución.

La crisis del Estado

Pero también es en el nivel propiamente económico en el que el desarrollo de las fuerzas productivas, y particularmente la revolución científica y técnica, induce una estrategia nueva de transición al socialismo. En efecto, la amplitud de los medios de producción es hoy tal, que éstos han adquirido un carácter social, en contradicción con la apropiación privada que caracteriza al capitalismo. Esto se traduce no sólo en la existencia de monopolios o empresas multinacionales, sino también, y sobretodo, en una complejización y una extensión sin precedentes del aparato de Estado.

Este desarrollo del Estado está menos ligado a las transformaciones de su función de dominación que a la combinación de esta función —que

* Esta interpretación del marxismo aborda un problema preciso: la significación de la pareja *formal/real* utilizada por Marx. En su reciente contribución sobre el Modo de producción Linajista (*Dialectiques*, núm. 21, pp. 116-133), P. P. Rey desarrolla la hipótesis inversa a la de Carrillo: en el desarrollo de nuevas relaciones sociales, el pasaje de las relaciones formales a las relaciones reales pertenece a las relaciones de producción, a su dominación creciente de la producción, con independencia del nivel de las fuerzas productivas.

sigue siendo fundamental— con la de dirección ideológica (Cf. Gramsci), y sobre todo, con la gestión y la intervención en la economía.

Es este último aspecto el que permite comprender que se asista, a partir de ese momento, a una verdadera crisis del Estado capitalista. Éste **ya** no es solamente el lugar de enfrentamiento entre las dos clases de la sociedad, es a la sociedad en su conjunto a la que se opone. En efecto, dado el carácter social de la producción, el Estado se convirtió en un “Estado gerente” del conjunto de las actividades económicas y en un “Estado providencia” para todos los estratos de la sociedad, lo que ha desembocado en un desarrollo tanto de la tecnocracia como de la burocracia.

Carrillo recuerda las teorías sociológicas americanas que preveían la disolución de los antagonismos políticos en la esfera de los problemas técnicos. El Estado adquirió esta universalidad en el plano de sus intervenciones en la sociedad. Sin embargo, continúa siendo el Estado de una burguesía monopolista cada vez más restringida. Es esta contradicción entre la universalidad de su función y su naturaleza de clase la que genera el conflicto con el conjunto de la sociedad. La sociología americana vio bien, sin “verla”, la naturaleza del Estado de los monopolios.

La crisis de la relación Estado-sociedad debe ser evaluada en varios niveles. Ella genera nuevas formas de lucha contra el Estado, luchas que crean “amplias coincidencias sociales” y rebasan las alianzas tradicionales. Pero, sobre todo, en razón de su extensión, la crisis del aparato de Estado es interna, aunque no sea más que porque éste está compuesto de individuos provenientes de las clases populares y, en todo caso, de clases no monopolistas (esta observación es par-

ticularmente significativa en lo que respecta a los cuadros militares en el caso español).

Carrillo consagra la primera mitad de su libro a la crisis de los aparatos ideológicos y represivos del Estado. Y ello porque él concibe una estrategia nueva de paso al socialismo a partir de esta crisis.

La democracia no es burguesa

Antes de entrar en el tema nos parece interesante dar un rodeo y comenzar por el capítulo posterior consagrado a las teorías sobre el Estado en Marx, Engels y Lenin. Allí, creemos, se encuentra la clave de esta estrategia.

El problema fundamental planteado por la elaboración de una estrategia de paso al socialismo es el problema de la democracia. Por una parte, porque el socialismo debe de ser concebido como un desarrollo de la democracia; por otra, porque las revoluciones socialistas ya llevadas a cabo no engendraron la democracia, sino, con frecuencia, su contrario.

Ahora bien, el fundamento teórico común de estas revoluciones y de las que quedan por hacerse es la teoría marxista del Estado. Ciertamente, y como lo recuerda Althusser, esta teoría sigue siendo descriptiva, es decir, se trata del comienzo de una teoría. Es necesario, pues, desarrollarla a partir de lo que esa teoría nos ofrece como esencial y, lo que nos ofrece, es esencial.

Para Marx, el Estado es el instrumento de dominación de una clase sobre otra, o más aún, la “violencia organizada” de una clase contra otra. Al mismo tiempo, la forma clásica de Estado burgués es la democracia, aun cuando la verdadera naturaleza de este Estado ha sido revelada por el fascismo, confirmando la verdad

encerrada en la definición marxista. ¿Debe, pues, la democracia ser asimilada a la ideología y a la práctica del Estado burgués, como lo piensa Lenin?

Carrillo, por su parte, piensa que esta tesis es del tipo de tesis que se sostiene más bajo la presión de una coyuntura que por la lógica de una teoría. En el caso de Lenin, se trata de combatir contra el "democratismo" extremo que reinaba a su derecha. Se trata, pues, de una tesis por excelencia sujeta a revisión; una revisión que, por otra parte, se fundamenta en el mismo Marx ya que éste califica a la "elevación del proletariado a clase dominante" (propia de la toma del poder del Estado por el proletariado) como "conquista de la democracia".

Sin embargo, lo que probablemente sea más importante, "la democracia no es una creación histórica de la burguesía". La democracia es históricamente muy anterior: véase lo escrito por Engels acerca del comunismo primitivo (la democracia sin Estado), véase también, por cierto, la democracia ateniense. Ella ha sido siempre defendida por el pueblo en primera fila, el que no ha dudado en ofrendarle su sangre. La burguesía adoptó la reivindicación democrática para revestir de un valor universal a su causa. Esto significa que la burguesía debía ser una clase universal para hacer su revolución y encontró esta universalidad en la democracia y en la libertad, lo que le permitió aliarse con el pueblo —los *sans culottes*— cuando fue necesario.

Pero, cuando la burguesía deja de ser revolucionaria y, en revancha, el proletariado comienza a afirmarse como clase independiente, ella vacía a la democracia de su sustancia y ésta deviene formal. "En realidad, la democracia con unas u otras formas es anterior a la existencia de la bur-

guesía como tal y sobrevivirá a la sociedad de clases, al Estado, al socialismo" (p. 186).

Nótese aquí la revisión fundamental efectuada por Carrillo a la teoría marxista y leninista del Estado: "Me permito estimar que el concepto de democracia que expresa aquí Lenin (en *El Estado y la revolución*), la identificación democracia = Estado [...] es una interpretación limitativa del concepto de democracia" (página 113).

La identificación democracia = Estado y la asimilación de la democracia con una dominación son un solo y mismo error; error que conduce a Lenin a identificar desaparición del Estado y extinción de la democracia bajo el comunismo. Al mismo tiempo, Lenin habla de "democracia completa". Allí Carrillo encuentra una contradicción visible, prueba del carácter inacabado de la teoría marxista del Estado. La revisión que él efectúa tiene su fundamento en esa teoría no desarrollada.

Ahora bien, se trata de una revisión que no es modificación o enriquecimiento sino revaloración del concepto de democracia: "UNA APRECIACIÓN MÁS FUNDAMENTAL DEL VALOR DE LA DEMOCRACIA [...]. Aun cuando se acceda al comunismo, la democracia comprendida en el sentido de la participación activa de todos en la administración de la sociedad, continuará teniendo un valor irremplazable, o para decirlo mejor, alcanzará su más entera y completa realización" (p. 100).

A este "valor" transhistórico corresponde un concepto de democracia que no es específicamente marxista pero del cual el marxismo tiene necesidad. De modo notable Carrillo se diferencia en este aspecto de otros teóricos post-leninistas (Claudín, Gruppi, Ingraio, entre otros). Éstos centran su

reflexión en la **pareja democracia de base/democracia representativa**. En Carrillo, lo esencial reside en la extensión del "concepto genérico de democracia".

Universal e insuperable, la democracia no es el patrimonio de una clase. Pero, la clase que puede asumirla históricamente, y no sólo en el plano formal, es con toda seguridad y por esa misma razón, una clase revolucionaria. Eso hace que batirse por la democratización del Estado —y no por su destrucción— sea revolucionario y no reformista.

Esta pareja **democracia formal/democracia real** puede permitirnos comprender el concepto de "inversión" con el cual Carrillo piensa la estrategia del paso pacífico al socialismo.

La ideología sin los aparatos

"La estrategia de las revoluciones de hoy, en los países capitalistas desarrollados, tiene que orientarse a dar vuelta a esos aparatos ideológicos, a transformarlos y utilizarlos —si no totalmente, en parte— contra el poder del Estado del capital monopolista" (p. 36).

Carrillo propone aquí una teoría muy original de los aparatos ideológicos, particularmente con relación a Althusser: los denomina indiferentemente "Aparatos ideológicos del Estado o de la sociedad", lo que significa que estos aparatos no resultan por naturaleza del Estado, sino que el Estado, en el marco de su ampliación, se ha ido apropiando de ellos. El Estado deviene, de este modo, fuerte y débil a la vez: fuerte, en la medida en que nada de la sociedad se le escapa; débil, porque simultáneamente queda sometido a todas las contradicciones de la sociedad y no puede situarse más como árbitro por encima de ellas.

Alcanzados por la crisis de la sociedad y por las contradicciones internas, los aparatos ideológicos no juegan más su papel de defensa y de reproducción del orden social:

- La Iglesia considera que el capitalismo se opone a la concepción cristiana de la vida y admite la posibilidad del diálogo con el marxismo. Se transforma así en un factor de liberación del hombre y de transformación de la sociedad, ya que la fe cristiana —que no debe asimilarse a la Iglesia— puede ser el punto de partida de una toma de conciencia anticapitalista bajo la forma de la aspiración a la justicia, etcétera.

- La educación ya no juega su papel de reproducción debido a que las universidades se convirtieron en centros de oposición al sistema capitalista como consecuencia de la ampliación de su base social. Desde ya, las "fuerzas de la cultura" son ampliamente aliadas de la clase obrera y la universidad es un A.I.E. en proceso de transformación.

- La familia ha sido quebrada por las condiciones de vida impuestas por el capitalismo. Las mujeres se liberan, los jóvenes se emancipan...

- En el seno del aparato judicial, los magistrados reivindican una independencia real y una democratización de los procedimientos.

- Los aparatos políticos tradicionales se desestabilizaron ante la existencia de situaciones políticas nuevas en la izquierda.

- Finalmente, si los medios de información constituyen el arma ideológica más temible, la lucha está ya comprometida en una auténtica liberalidad de la cultura.

Al favorecer los procesos de crisis o de toma de conciencia que se producen en el interior de esos aparatos, es posible, según Carrillo, "darles

vuelta" para colocarlos al servicio de la democracia y del cambio. Esta "inversión" significa que al poner en marcha la democracia real, y no solamente la democracia en parte formal del aparato burgués, esos aparatos pueden transformarse en los instrumentos de la transición.

No siendo por esencia aparatos *de Estado*, los aparatos ideológicos no son otra cosa que el "arma ideológica". La noción de aparato no connota sino los diferentes terrenos en los que se ejerce la lucha ideológica por la "inversión".

Gracias a la "inversión", los aparatos coercitivos pueden ser *democratizados*. En efecto, a partir del momento en que la hegemonía de las "fuerzas del trabajo y de la cultura" queda asegurada en los aparatos ideológicos, los agentes de los aparatos coercitivos sufren las consecuencias de ello. Como prueba de esto está la impugnación que desbasta a la policía y al ejército de varios países europeos.

Dado que no se sabría visualizar la desaparición pura y simple del ejército y de la policía en un período de transición, conviene democratizarlos para colocarlos al servicio de toda la sociedad.

En lo que respecta al ejército, por ejemplo, él no puede desde ya identificar patriotismo y defensa del orden social puesto que, en todos los países europeos, su prestigio ha caído considerablemente después de 1945 (guerras coloniales perdidas, etcétera) y dado que está ampliamente penetrado por las capas medias y populares. La crisis social puede así desembocar en una transformación de la mentalidad militar y es la tarea de un poder democrático el hacer de un militar un técnico, un científico, un intelectual, apto para reconvertirse a la vida civil en cualquier momento.

(Para *dar la vuelta* a los aparatos ideológicos y democratizar a los coercitivos), "tenemos que recuperar para las fuerzas que luchan por el socialismo valores intelectuales y morales que, hipócritamente, trata de identificar a sí mismo el sistema del capital monopolista de Estado, y que la burguesía podía personificar en otra época, cuando era una clase revolucionaria, pero que ya no personifica hoy" (p. 123).

De tal manera que, lo que es verdad para la democracia, lo es también para el Estado: para hacer la revolución es necesario tomar a la burguesía en serio, y que ella hace exactamente lo contrario de lo que dice. Es la filosofía política burguesa la que hace del Estado un instrumento al servicio de la sociedad; la burguesía lo ha utilizado de hecho como un instrumento de dominación, pero las características de su crisis actual, cuando se ha convertido en un "Estado gerente", "una parodia de socialismo", permiten "darle vuelta" y "democratizarlo" para convertirlo en el instrumento de una transición democrática al socialismo. Es por eso que Carrillo puede escribir que "[...] Dentro del actual capitalismo monopolista de Estado se agita ya algo más que el feto de la nueva sociedad socialista que pugna por romper, por salir al aire" (pp. 58-59).

La hegemonía sin la dictadura

Si los conceptos de "inversión" y de "democratización" permiten pensar la transición democrática y pacífica al socialismo, ¿qué relación guardan con los conceptos marxistas clásicos, particularmente con el de "dictadura del proletariado", y en qué sentido constituyen un desarrollo del marxismo, adecuado a la situación objetiva contemporánea?

A estas preguntas se contestó ya parcialmente a propósito de la democracia. Pero Santiago Carrillo reserva todo el último capítulo de su libro al problema de la dictadura del proletariado.

Antes que nada, las connotaciones históricas del término "dictadura" justifican que se renuncie a su empleo político. Pero allí no reside la razón teórica fundamental del abandono del término "dictadura del proletariado" por parte del P.C.E. y de otros.

Se trata de un concepto que tanto Marx como Engels utilizaron con poca frecuencia, pero no es por eso una "palabrita" en el marxismo. Se trate de lo que se trate, hemos visto ya que la toma del poder del Estado por el proletariado era, para Marx, una conquista de la democracia. Pero, ¿se puede entonces prescindir de la dictadura del proletariado, o sea, de "un periodo más o menos largo de transición durante el cual son suprimidos los derechos políticos de las clases derrotadas y de sus sostenedores" (página 190).

En la época de Marx, como en la de Lenin, el proletariado era una fuerza social minoritaria y eso explica el recurso a la violencia en 1917, así como el que, en las condiciones de la Rusia zarista, no hubiese alternativa entre dictadura y democracia sino entre dos dictaduras. Contrariamente a lo que pensaba Kautsky, el proletariado no podía esperar que el capitalismo estuviese "suficientemente" maduro para hacer la revolución: ésta era ya una necesidad histórica. En esas condiciones, la dictadura del proletariado no fue equivalente a la hegemonía del proletariado,

no resumió el sentido pero fue el medio de asegurar la hegemonía por la violencia.

Dicho de otro modo, para Carrillo (por contraposición a las tesis de J. Elleinstein, por ejemplo) la hegemonía no se opone a la dictadura, sino que ésta no es más que un subconjunto, una especificación histórica del concepto genérico de hegemonía; concepto que es específico de la transición.

La dictadura del proletariado fue una necesidad histórica inevitable, pero ello no permite concebir una estrategia para los países democráticos en los que el capitalismo se desarrolló. *La esencia de todas las formas políticas revolucionarias no es la dictadura del proletariado sino la hegemonía de los trabajadores, la "dominación social" y no la coerción estatal.*

La historia del concepto de dictadura del proletariado sigue siendo, sin embargo, paradójal, ya que si se trata de renunciar al sentido leninista del concepto, no se debe a su aplicación staliniana. Ésta fue todo, excepto una dictadura del proletariado. La revolución de Octubre destruyó, por cierto, el aparato de Estado, pero construyó uno más perfeccionado, con una fuerza especial de represión, burocracia parasitaria y ejército permanente. . . Cada vez más este Estado, así situado por encima de la sociedad, debió llevar a cabo una tarea típicamente capitalista, la de la *acumulación primitiva*. ¿Un Estado de ese tipo no es un obstáculo para alcanzar al socialismo "evolucionado"?

La paradoja se repite otra vez más en lo que respecta a los partidos comunistas occidentales que, reclamán-

dose fieles a la dictadura del proletariado y al modelo soviético que era su opuesto, desarrollaban, desde los años 30 con la estrategia de frente popular una práctica política democrática y unitaria que no correspondía ni al objetivo de la dictadura del proletariado, ni a la línea política stalinista.

Pensar la transición en los países capitalistas avanzados es pues, producir a la vez los conceptos adecuados (A.I.E., inversión, hegemonía); criticar, cuando es necesario, a las experiencias socialistas en curso; en fin, "hacer el análisis concreto de la situación concreta". Esto lleva a una apreciación más fundamental del papel de la democracia, a una revalorización del sufragio universal como arma política, necesaria, aun cuando no sea suficiente y, finalmente, implica una nueva concepción del papel del partido comunista. Ciertamente, éste sigue siendo el partido de vanguardia, pero no debe ser considerado como el representante exclusivo de la clase obrera y menos aún, el único poseedor del marxismo.

De tal manera que el papel atribuido en otro tiempo al partido hoy le corresponde a lo que Carrillo denomina "la nueva formación política", o sea, al instrumento de hegemonía del conjunto de las "fuerzas del trabajo y de la cultura", "algo análogo a una confederación de partidos políticos y de organizaciones sociales diversas..."

Sólo esta concepción puede permitir "superar la escisión de los años 20 y lograr una nueva convergencia fundada en el socialismo científico y en la democracia".

Traducción de Liliana de Riz.

La política ha muerto, viva la política

Jean-François Corallo, "La política ha muerto, viva la política", en: *Dialectiques*, núm. 22, 1978, páginas 77-83.

La obra de Julliard, *Contre la politique professionnelle** se presenta como una reflexión, desde la perspectiva de la autogestión, acerca de un objeto específico: la necesidad de "desprofesionalizar la política". El panfleto, el estudio histórico, el análisis sociológico, la teoría política: aspectos todos de la demostración central, "para que la política se transforme en algo para todos es necesario que deje de ser todo para algunos" (p. 11).

¿La condición necesaria, es también suficiente? Todo lleva a pensar que el nexo entre estas dos proposiciones, el vínculo entre "la autogestión" y la "desprofesionalización de la política" es más complejo. En este nexo complejo el que se quiere presentar, tal como se desarrolla en los tres aspectos del libro: *un análisis de la coyuntura, una teoría de los intelectuales y de la política, una tentativa para pensar la articulación entre democracia y política.*

I. Un análisis de la situación francesa

Hacer aparecer una disyunción entre el lugar actual de la política y los otros dominios de la realidad social, ésa es la función del análisis de la unión de la izquierda por el que comienza la obra. En efecto, a partir del momento en que esta unión es en el plano social "una bolsa en la que entra de todo", es necesario

* Seuil, 1977.